

## Huellas de una vida hecha para la ficción

**Editorial Espasa Calpe. 661 Páginas. 23,25 euros**

### Jorge URRUTIA

La magia de unas memorias radica en la ficción. Ningún escritor emprende la narración de su vida si sólo pretende decir lo que sucedió. Para eso ya están los atestados de la Guardia Civil. La magia de unas memorias está en la creación del personaje, en la organización de su biografía, en los silencios que se ordenan, en la imagen que el autor desea trazar de sí mismo. Cabe, pues, preguntarse por las fronteras de lo veraz, también por la motivación última del libro. La verdad mayor de unas memorias es la de su escritura.

El mismo Francisco Nieva viene a decirlo en la primera página de «Las cosas como fueron», su reciente libro de memorias. «Algunos diarios y libros de memorias son grandes piezas literarias (...), no lo son porque la persona haya vivido nada extraordinario, sino por otra cosa indefinible que los hace grandes, entretenidos, apasionantes, (...). Aquello que nos atrae en estos libros es pura seducción literaria, puro ángel y atractivo de la escritura».

Nieva, entonces, no aprecia tanto lo que sucedió como el hecho y el modo de contarlo. Dado que, además, asegura: «Yo no he vivido nada extraordinario», a buen entendedor pocas palabras bastan. Más tarde dice que contará «las cosas como fueron», mas observa que las cosas fueron «como yo las vi». Para mejor entendimiento, aún explica que su objetivo es «precisar hechos biográficos de la forma más exacta y veraz que pueda (¿Hasta que punto puede?, nos preguntamos) y sin ocultar en algunos casos (¿En qué casos sí y en qué casos no?) el comportamiento sexual».

Nos queda saber, pues, cuál sea la pretensión del autor al escribir el libro, lo que sólo podremos saber tras su total lectura. El prologo de las memorias de donde tomo estas citas anuncia también que, en la vida, «el puro y el débil es vehementemente aleccionado (...) para que se convierta en fuerte y en corrupto». Por lo tanto, el transcurrir de la vida será, como en la búsqueda novelesca según Goldmann, una degradación, pasar de la pureza a la corrupción.

El libro comienza con unos versos del propio Nieva que nos dan otra clave. Se dice en ellos que el teatro es vida alucinada e intensa, que no es el mundo, ni tampoco comunicación totalmente abierta y transparente. Es más bien una ceremonia ilegal, un crimen, un disfraz, tentación, lloro y arrepentimiento; es la otra vida. Deducimos nosotros que la biografía de Nieva se va a presentar en el libro como teatro: alucinación, intensidad, ni oculta ni abierta, travestida, deseada y lamentada pero, siempre, otra vida. El autor se propone hacer, con mimbres reales, literatura.

No nos equivocamos en las deducciones. El personaje se presenta como marginal siempre, cínico, diferente, deseado, bisexual, promiscuo, y, a la vez, se describe a sí mismo desde la sabiduría, el cansancio, el «haber vivido mucho» de los héroes clásicos del western o, mejor, buscando un ejemplo literario español, a la manera de aquel Marqués de Bradomín que, ya muy viejo y en la emigración, decidiera entregarnos fragmentos de sus memorias amables. También puede hacernos

pensar en uno de los ascetas de nuestra historia cultural que, ya calmados los ímpetus de la carne, mira su pasado pecaminoso con arrepentimiento condescendiente. Claro que aquí no hay tanto arrepentimiento como hartazgo cínico, pero no se deja de insistir en la visión mística.

### **El mundo como escenario**

El cinismo parece deshacerse en las emocionantes páginas finales, cuando ya no se cuenta la vida como teatralmente convenía que fuese, sino cuando la satisfacción de saberse ya triunfador conduce al autor a la melancolía. Aunque confiese que «el que mejor hace teatro lo hace también para sí mismo», no puede menos que sentirse próximo al fin y, al no tener hijo hacia el que levantar la mirada, recurre al recuerdo del padre, negado en el escenario de su vida incluso desde el nombre, pero guardado siempre en lo más profundo y personal de los camerinos porque «su orgullosa ambición le condujo a esa automutilación definitiva».

La aparente exhibición sexual que domina dos tercios del libro al menos no es sino un telón de boca, o un telón en la boca para decir muy poco de sí mismo. Apenas aprendemos de sus lecturas, de sus teorías dramática y teatral, de su formación profunda.

Todo parece irse en juegos de artificio, en salones de ciudades europeas, en devaneos dignos del siglo de las luces (por el que Nieva, precisamente, se declara atraído). En ocasiones, los individuos pasan por las páginas representando los papeles con que se hicieron famosos, actores franceses, italianos, españoles, siempre al fin y al cabo actuando. Otros, actores, autores o artistas en general son despellejados como en una broma cruel de café después de la representación, para reaparecer alabados y elogiados páginas más adelante. Algunos, de mayor o menor importancia en su campo de creación o de trabajo, aparecen bajo el prisma de la normalidad más rastrera, malviviendo en una casa sin interés, como Dámaso Chicharo, hijo, o huyendo de la morada familiar, como Carlos Edmundo de Ory, o preocupado por interesar sexualmente a un joven y conduciendo alocadamente por las calles de París, como Roland Barthes.

Pero todo da igual, porque las memorias de Francisco Nieva resultan el libro de un individuo que se quiere mostrar perverso, insatisfecho con el mundo y sólo satisfecho consigo mismo, personaje dramático, que considera las ciudades como decorado para sus nimias andanzas y a los demás como muebles animados que ocupan transitoriamente un espacio en la escena. Incluso las personas a quien más parece apreciar: Bousoño, Hierro, Brines, Angelica Bécker (siempre poetas) o Vicente Aleixandre, resultan personajes teatrales. Es de subrayar cómo destaca, de su conocida amistad con Aleixandre, no sus conversaciones, coincidencias y confidencias literarias, sino cuando se encontraban sin conocerse aún, en un tranvía que subía la madrileña avenida de la Reina Victoria; una escena casi cinematográfica, digna de un filme de Wenders.

Aunque la última parte del libro se refiera específicamente a su obra dramática y a sus vicisitudes, no busque el lector aquí documentación fiable para el estudio de la obra importante, trascendente para el teatro español contemporáneo, de Francisco Nieva. Es verdad que el volumen ilustra acá, allá y acullá sobre algunos episodios, desde su experiencia postista hasta el éxito del estreno de «Pelo de Tormenta», pero no es eso lo interesante de «Las cosas como fueron».

Nieva busca convertir el mundo en un escenario y su vida en una magnífica ópera. Su vida como obra total. Por eso continuamente explica que de tal experiencia extrajo tal argumento, de tal situación tal escena o de tal individuo tal personaje. Y él mismo es protagonista, director de escena, decorador y público. Sí, público, porque poco espacio deja aquí al lector, al espectador. Él es quien mejor se

contempla. Toda la magia de la creación en este libro, en el que Francisco Nieva construye su mejor obra: a sí mismo.